

EL DISCRETO PODER DE LA VIDA

Ángel Darío Carrero, ofm

Adivina adivinador. Tres características resumen su gobierno: una obsesión por eliminar a los opositores, un afán de construcción desmedido y, en consecuencia, un enorme descontento de parte del pueblo.

Tratan de adivinar el adivinador y la adivinadora. ¿Ha querido controlar a toda institución que piensa por sí misma? ¿Ha desprotegido a la Naturaleza para cultivar trozos de materia estéril? ¿Ha promovido el descontento hasta en la casa misma de la alegría?

Sí. Castigos brutales frente a cualquier asomo de protesta. Aumento constante de impuestos. Nombramiento de funcionarios que no responden al pueblo. Creación de una nueva oligarquía extorsionista. Control total de los magistrados y de los resortes del poder religioso.

Adivina el adivinador. Sobran los candidatos en la ancha historia, pero nos referimos al reinado de Herodes el Grande.

Roma regía sobre sus territorios por medio de soberanos nativos que se comportaban como vasallos del emperador. Herodes gobernó así Judea: defendiendo celosamente los intereses del imperio romano. De este modo, garantizó lo que más le importaba: el afianzamiento de su propio poder. Aunque era hijo de una familia idumea, sus acciones déspotas y serviles hicieron que el pueblo nunca lo considerara judío.

Herodes utilizó todas las estrategias posibles para asegurar su continuidad real. Se ocupó militarmente de las fuerzas extrañas. Más tarde, hizo desaparecer a gente muy cercana. Su cuñado Aristóbulo, por ejemplo, apareció ahogado en una piscina de Jericó. Y apuesto que sabía nadar. Asesinó también a su esposa Mariamme; no sin antes acusarla de adulterio. De paso, sacó del mapa de los vivientes a su suegra Alejandra. Como un voraz Saturno, Herodes también asesinó a varios de sus propios hijos. Estranguló a Alejandro y a Aristóbulo, los herederos legítimos del trono. En el ocaso de su vida todavía le quedaron fuerzas en su cuerpo marchito para ejecutar a otro hijo que, simbólicamente, llevaba su mismo nombre. Herodes aniquiló a Herodes, reza la historia.

Con la misma fuerza que limpiaba el paisaje de los estorbos sociales, políticos y familiares, elevaba fortalezas, torres, palacios, residencias, anfiteatros, circos para juegos, monumentos y paseos porticados. Su ego, enfermo de poder, calculaba, pisoteaba, castigaba, eliminaba y, sobre el espacio desolado, reproducía, piedra a piedra, el edificio de una ambición desbocada. Herodes fue, sin duda, el más grande constructor de Oriente. Logró levantar espectacularmente el templo de los judíos, pero fiel a su obsesión viciada, en lo más alto de la entrada principal, se aseguró de colocar un águila imperial. Hay signos que pegan más fuerte que las piedras. Entonces, unos estudiantes, alentados por sus maestros, arrancaron de cuajo al pájaro petrificado. Herodes mandó a quemar vivos a los cuarenta jóvenes implicados y también a sus maestros. Los judíos nunca olvidaron este hecho atroz. ¿Quién podría olvidarlo?

¿Qué más le resta al poderoso que ya lo ha arrasado todo? Suplantar a Dios. Frustrar su reino de justicia y de paz. Dejar al mundo sin esperanza. El colmo de la megalomanía humana. Unos magos se presentaron en Jerusalén y dicen: “¿Dónde está el rey de los judíos? Vimos su estrella y hemos venido a adorarlo”. Al oír esto, el rey Herodes se conturbó. Consultó enseguida a sus asesores y corroboró que efectivamente estaba profetizado que el Mesías nacería en Belén. Llamó aparte a los magos y averiguó bien sobre la aparición de la dichosa estrella. Astutamente encaminó a los magos: “Infórmense bien sobre ese niño y cuando lo encuentren me lo comunican para yo mismo ir a adorarlo”. Sí, Pepe. Los magos siguieron la estrella, encontraron a Jesús, se llenaron alegría, lo adoraron, le dieron tremendos regalos y se durmieron entre las pajas. En el ámbito de los sueños Herodes quedó tan mal parado como en la realidad. Los magos desobedecieron sus órdenes y se fueron por otro camino. José, ni corto ni perezoso, se escapó a Egipto con su familia. Entonces, Herodes, al ver que los magos se habían burlado de él, envió a matar a todos los niños de Belén que tuviesen dos años o menos. Herodes murió poco tiempo después de la terrible matanza de los inocentes, pero se instalaron rápidamente los nuevos Herodes de la vida.

Algo hemos aprendido juntos mis queridos adivinadores: podrán cerrar todos los caminos disponibles, pero la Vida siempre encontrará un escondite, una fisura, un sueño, una estrella, un silencio, un amor, un corazón para volver. El discreto poder de la vida.